

2. Agroecología para la reconstrucción de soberanía territorial en la Costa Grande de Guerrero

2. Agroecology to Rebuild Territorial Sovereignty on the Costa Grande of Guerrero

MARCOS CORTEZ BACILIO*

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.227.02>

Resumen

Después de décadas de que nuestro país perdiera la autosuficiencia alimentaria y que muchas políticas agrícolas y sociales transgredieron esa capacidad, diversas comunidades y experiencias exitosas mismas del movimiento social reciente, han integrado a sus demandas la necesidad de reivindicar la soberanía como un elemento primordial de la agricultura campesina y de la política agropecuaria, que permita la producción propia de nuestros alimentos. En este contexto, el objetivo de este trabajo es analizar cómo la agroecología se ha convertido en una alternativa para la reconstrucción de soberanía territorial en comunidades de la Costa Grande. La descripción del trabajo es el reflejo de voces y vida cotidiana de familias, grupos organizados que integran el movimiento agroecológico regional; de sus formas de resistencia por reconstruir procesos agroalimentarios locales, fundamentados en sus estrategias comunitarias. La investigación está sustentada en las reflexiones, resultado de diferentes espacios de intercambio, con el uso de diferentes recursos metodológicos combinados, como conversaciones en

* Maestro en Desarrollo Rural. Investigador independiente y acompañante de procesos agroecológicos. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5138-0769>

asambleas y talleres, realización de entrevistas abiertas, testimonios, recorridos de campo, revisión bibliográfica, observación participante e Investigación Acción Participativa (IAP). Asimismo, busca propiciar planteamientos de carácter analítico, a la vez de aprendizajes y enseñanzas a través de procesos dialógicos para la transformación social, y así, constituirse como un aporte significativo para debatir sobre el rumbo de la agroecología en el estado de Guerrero y en el país. También, pretende ser útil a personas y organizaciones de otros lugares que luchan por cambiar el modelo de agricultura dominante, aprovechando sus fisuras y las oportunidades de sinergias que puedan darse en diferentes sectores para reconstruir más que un desarrollo alternativo, las alternativas al desarrollo –desde lo local– en vísperas de proyectos comunitarios emancipadores.

Palabras clave: *Soberanía alimentaria, agroecología, semillas nativas, estrategias agroalimentarias locales, acción colectiva.*

Abstract

After decades of our country losing food self-sufficiency, having many agricultural and social policies transgressing that capacity, diverse peasant communities and various successful experiences of the recent agroecological social movement have integrated into their demands the claim for sovereignty as fundamental for peasant agriculture and agricultural policy. In this context, the objective of this work is to analyze how agroecology has become an alternative for the reconstruction of territorial sovereignty in communities of the Costa Grande. The research reflects the voices of family life and organized groups conforming the regional agroecological movement, as well as their forms of resistance to rebuild local agri-food processes based on their own community strategies. These reflections are the result of different exchange spaces, through different and combined methodological resources, such as open interviews, casual conversations –held in assemblies or workshops–, personal testimonials, field work, literature review, participant observation and Participatory Action Research (PAR). Likewise, this work seeks to promote analytical approaches, while learning and teaching

through dialogic processes for social transformation, and thus constitute a significant contribution to discuss the course of agroecology in the state of Guerrero as in the country. It is also intended to be useful to people and organizations in other places that are struggling to change the dominant model of agriculture, learning from the gaps and opportunities for synergies that can occur in different sectors to rebuild more than a development alternative, alternatives to development –from the local– on the eve of emancipatory community projects.

Keywords: *Food sovereignty, agroecology, native seeds, local agri-food strategies, collective action.*

Introducción

Los municipios de Coyuca de Benítez y Atoyac de Álvarez de la región Costa Grande cuentan con comunidades de vocación productiva en granos básicos y diversos cultivos, éstas se ubican en las derivaciones de la Sierra Madre del Sur, en estratos de selva baja caducifolia y altitudes que van de los 100 a 1000 msnm; sus relieves con pendientes pronunciadas del 20 hasta el 70 %, que determinan su abrupta topografía de laderas accidentadas y pequeños valles, característico de sus montañas y cerros (Cortez, 2021a, p. 14). Allí, la agricultura campesina, tiene como uno de sus principales aspectos la pequeña producción rural para garantizar la subsistencia familiar, aunque históricamente está sometida a condiciones adversas, aún persiste. A nivel regional, desde la llegada de la Revolución Verde a México, se comenzaron a modificar los sistemas tradicionales de producción de alimentos y pérdida de soberanía nacional. La modernización de la agricultura no había llegado sola, sino con una serie de técnicas rudas y paquetes tecnológicos con semillas híbridas, agrotóxicos y biotecnología –disfrazada de asistencialismo público–, cuya misión principal era aumentar los rendimientos. Sin embargo, este sistema productivo se acompañó de una serie de males como contaminación de mantos acuíferos, pérdida de nutrientes de los suelos, eliminación de flora y fauna nativa; además del deterioro de la calidad de vida de los campesinos, por la exclusión del modelo, sus costos de producción y lo poco

accesible. Esto trajo como consecuencia una baja producción y mayor importación de alimentos; los precios bajos y el desmantelamiento de empresas paraestatales, hundieron la producción y comercialización local. Esto desató el intercambio desigual e intermediarismo, donde el campesino vende para comprar, y la empresa capitalista vende para ganar (Bartra, 2006, p. 247), aquí se consume la explotación para lograr su sobrevivencia.

Frente a estas problemáticas, familias campesinas exploran estrategias, y una de ellas es la reorganización comunitaria, inspirada en la agroecología para la reconstrucción de los procesos de soberanía alimentaria desde lo local. Esta alternativa se manifiesta en la producción para el autoconsumo, con mano de obra familiar, bajo una tecnología tradicional diversificada y en pequeñas cantidades en las que predomina el valor de uso, donde la agricultura campesina es la base agroalimentaria que diversifica sus mundos de vida. Es por ello, que este capítulo trata de la experiencia de la Red de organizaciones campesinas y sociales de la Costa Grande de Guerrero,¹ que desde hace dos décadas ha logrado aglutinar a más de 600 familias campesinas y su influencia se ha extendido a unas 30 comunidades de la parte baja, media y alta de los municipios que integran el movimiento agroecológico regional, propuesta basada en sus prácticas y discursos; mismas que sostienen y se sustentan, no sólo en conceptos que aquí se abordarán, sino en su estrecha vinculación con modo de cultivar, intercambiar y comercializar su propia producción. Aun así, este proceso no es una panacea, también cuenta con tensiones dentro del mismo movimiento por la dependencia foránea y cultura del insumismo arraigada en comunidades, y en diferentes casos se oponen a transitar hacia prácticas más sustentables, escenario que invisibiliza el proyecto agroecológico local/regional, que se torna en un paraje aislado en medio del páramo, pero que incluso sigue resistiendo.

¹ Unión de Pueblos para el Desarrollo Sustentable del Oriente de Coyuca y Poniente de Acapulco (UP); Red de Campesinos Guardianes del Maíz Nativo (Regmaíz); Red de Mujeres Trabajando por el Bien Común (Redemu); Universidad Campesina del Sur (Unicam Sur); Promotores de la Autogestión para el Desarrollo Social (PADS); Agroecológicos Guerrerenses "Tierra Viva" (AgroViva); Tianguis Campesino Agroecológico (Tiagro); entre otras organizaciones afines, de los municipios de Técpan de Galeana y Acapulco de Juárez.

Políticas públicas y la pérdida de soberanía alimentaria en Guerrero

En esta época, no sólo en Guerrero, sino en gran parte del territorio mexicano y del mundo, hay una oleada de crisis muy peculiares que no pueden abordarse por separado, ya que están interconectadas entre ellas (Cortez, 2022, p. 75). Todo esto derivado de una serie de factores: reglas comerciales impuestas por los diferentes tratados internacionales; además de la contribución de la Organización Mundial del Comercio (OMC) el Banco Mundial (BM), que condicionan las políticas públicas en las diferentes geografías.

En el periodo correspondiente a 1994-2018 el Gobierno mexicano implementó políticas que dejaron al campo indefenso frente a las grandes corporaciones agroalimentarias transnacionales, en ese periodo empezó a resentirse el alza de los precios de los alimentos y libre mercado, lo que significa la pérdida paulatina de la soberanía alimentaria del país. El gobierno en lugar de mejorar las deficiencias, sólo aplicó programas asistencialistas, sin estrategias a largo plazo para mejorar las condiciones agroalimentarias, que solo se tradujo en generar más desigualdades sociales (Rubio, 2008, p. 45). La política agroalimentaria que se promueve como intervención institucional, sólo ha beneficiado a las corporaciones mexicanas y extranjeras en toda la cadena alimenticia, las cuales se mueven en función de la obtención de la máxima ganancia, sin importarles que la gente muera de hambre (Meza, 2010, p. 15). Estas manejan un discurso de seguridad alimentaria y sustentabilidad, entre las que destacan: Bayer-Monsanto, Cargill, Nestlé, Maseca, Bachoco, Bimbo, Coca Cola, Lala, PepsiCo, que centralizan el monopolio a través de sucursales regionales que acaparan la producción primaria a bajo precio, que después retornan a las manos del campesino, transformados y maquillados con otra etiqueta y envoltura. Pese a esta situación, las autoridades no reconocen la necesidad de implementar instrumentos en materia legislativa, por la falta de un marco jurídico que actúe de manera coherente ante las distorsiones de mercado, pues los precios a los campesinos se derrumban y los precios al consumidor no bajan, y esas ganancias se quedan en un proceso jerárquico de intermediarismo (el verdadero cuello de botella) a escala regional y nacional. Con la multiplicación

de la filantropía asistencialista que, en lugar de impulsar la producción local, validada por los campesinos, se les continuó considerando como pobres, subsidiando –con el pan de cada día– otorgando dádivas monetarias o en especie de mala calidad, trasladadas en políticas o campañas “Contra el Hambre”. Esta tesitura ha mermado la producción de alimentos básicos, cobrando un incremento de dependencia alimentaria: “pues los apoyos económicos del gobierno, sólo proporcionan lo necesario para ir la pasando” –aseguran campesinos de Atoyac de Álvarez– realidad que aumenta el sedentarismo de sólo comprar alimentos que consumen. Esto ha representado un retroceso y abandono de actividades productivas (principalmente en los traspatios o solares) que antes representaban fuente valiosa de sustento familiar.

Este tipo de programas carecieron de una respuesta estructural al problema de producción de alimentos y esto sólo tornó hacia una mutación perversa, que el mismo gobierno engendró. En consecuencia, las políticas agroalimentarias obstaculizan y destruyen la soberanía alimentaria porque priorizan el comercio exterior y no el autoabasto de las comunidades. No han contribuido en absoluto en la erradicación del hambre en Guerrero, sino todo lo contrario, han incrementado la dependencia de las importaciones agrícolas, y han consolidado la industrialización de la agricultura, peligrando así el patrimonio genético, generacional, cultural y medioambiental del país, así como de la salud humana. Como bien lo menciona Héctor Monroy, campesino de la comunidad de La Lima, Coyuca de Benítez:

Ya no valen las cosechas, yo vendo un poco de mango y papaya, buscamos otras opciones de venta local, pues los intermediarios compran muy barato. Por eso, el resto de la cosecha la intercambio con vecinos y amigos para que no se me eche a perder el producto; y el maíz criollo, es para nuestro consumo familiar.

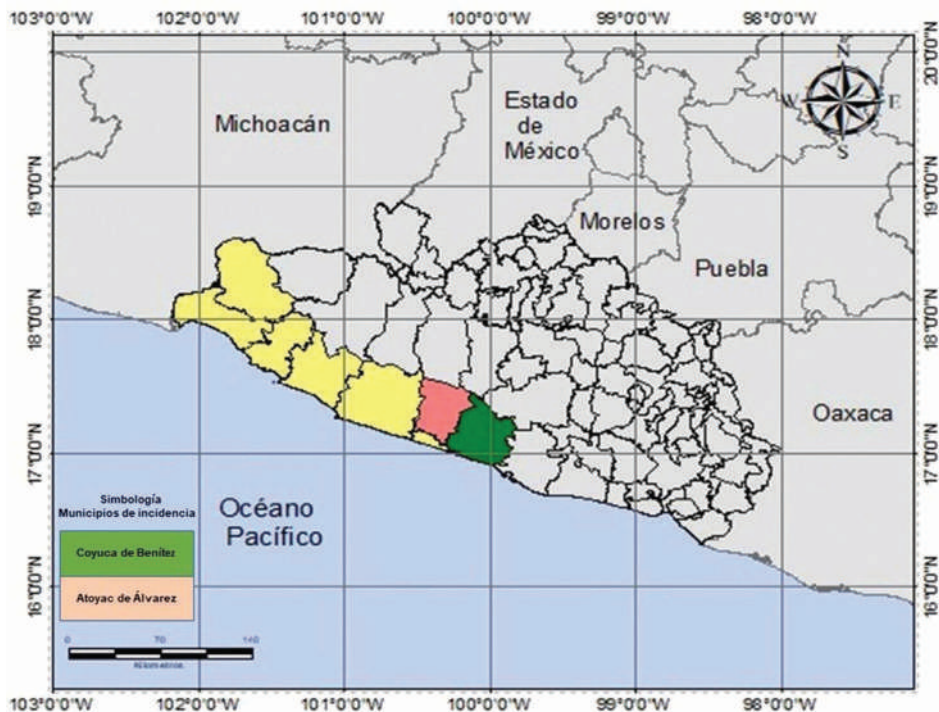
En estos municipios se ha empujado a miles de campesinos a sembrar alimentos a base de agrotóxicos, semilla híbrida, fertilizantes sintéticos; situados a abandonar el campo por los altos costos de producción, compra de insumos, bajos rendimientos y escuálidos precios de la cosecha, donde

los productores son considerados recipientes pasivos de los conocimientos provenientes de la ciencia moderna (Toledo, 2005).

Programas gubernamentales para erradicar el hambre en la Costa Grande

A partir del 2013, Coyuca de Benítez y Atoyac de Álvarez se designan como Zona de Atención Prioritaria (ZAP) para reducir el hambre. Esto les dio cabida a beneficiarse de programas sociales y productivos que cobijaba la Cruzada Nacional Contra el Hambre (CNCH). Cabe decir que, desde los sexenios de Salinas de Gortari hasta Peña Nieto, en el estado de Guerrero se intensificaron los diferentes programas, promotores para garantizar seguridad

Figura 1. Mapa del estado de Guerrero, donde se visualizan los municipios de la Costa Grande



Fuente: Mapa tomado del documento PIEE-Guerrero (Programa de inclusión económica y empoderamiento de organizaciones sociales y colectivos de Guerrero), elaborado por INCIDE Social en 2022.

alimentaria en las comunidades de alta y de muy alta marginación. Sin embargo, el poco consumo de alimentos tradicionales nutritivos elaborados en casa y la pérdida de autosuficiencia alimentaria local, fueron algunos de los resultados (Cortez, 2022, p. 79). No obstante, la comida de mala calidad como: embutidos, endulzantes, jugos embotellados y una variedad de frituras con alto nivel en calorías, trajeron cambios en la cultura alimentaria que repercutieron en padecimientos prematuros de obesidad y diabetes. Y este entorno se recrudece más en países como México que, en 2021, se convirtió en uno de los principales compradores de alimentos, alcanzando importaciones por arriba del 50 % de los comestibles que consume, sobre todo de granos básicos (Mendoza y Razo, 2021, p. 4).

Entre los programas dirigidos a los sectores más pobres del sur y sureste, fueron: Solidaridad, Oportunidades, Progresá, Próspera, Pro Campo, Pro Agro, Sesenta y más, Fertilizantes, Programa de Incentivos para el Maíz y Frijol (PIMAF), Proyecto Estratégico de Seguridad Alimentaria (PESA), CNCH, entre otros. Mientras que los programas de crédito y fomento productivo, infraestructura, maquinaria agrícola, activos productivos, programas de apoyos a la comercialización, agricultura protegida, de capacitación y asistencia técnica han sido canalizados mayoritariamente a las grandes Unidades de Producción Rurales (UPR) del centro y norte del país (Suárez, 2017).

Un aspecto que ha contribuido al desarrollo del sistema convencional del maíz y otros cultivos básicos, ha sido el financiamiento promovido por el gobierno a través de programas como el Programa de Apoyos Directos al Campo (Pro Campo), que tránsito a Pro Agro Productivo de sexenio a sexenio y sólo fomentaron la siembra de maíz en terrenos inadecuados con el fin de justificar la cuota de subsidio por hectárea, o peor aún, beneficiarios empadronados con más de 10 y 20 hectáreas, cuando el programa restringía menos de cinco. Destaca también el Programa de Fertilizante Químico subsidiado de manera paternal por Rubén Figueroa Alcocer durante la década de los noventa. Desde de sus inicios el programa fue usado políticamente y ha operado con fines clientelares, enfocado a fertilizar el voto a favor del partido en el poder, que a favor de las familias pobres (Cortez, 2021b, p. 157).

Por su parte, el programa PIMAF, proporciona paquetes tecnológicos a base de semillas híbridas, herbicidas e insecticidas, que no son los

recomendables para las condiciones agroecológicas del territorio y esto se convierte en un negocio redondo para el Estado y autoridades municipales, mientras el campesino queda a la deriva usando su imagen como lucro. Prevalece el menosprecio por la agricultura tradicional, como lo hace la estrategia de Modernización Sustentable de la Agricultura Tradicional (MasAgro) desde los años 2010-2011, con la misión de intensificar la producción sustentable de maíz, e imponer verticalmente desde fuera, en este caso hábitos de consumo alimentario, sin considerar las condiciones socioeconómicas y culturales de los productores de maíz nativo (Massieu, 2016, p. 202). La estrategia MasAgro fue promover la productividad agrícola de los minifundistas temporaleros con base en semillas mejoradas, prácticas agrícolas de conservación (labranza cero), siembras de precisión y uso de agroquímicos. Además de la capacitación y asistencia “progresista” del Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT), que también influyó en el diseño del paquete tecnológico y elección de las empresas de maquinaria e insumos, como si los campesinos no produjeran con sus prácticas apropiadas y no tuvieran saberes ni experiencias acerca de cómo hacer agricultura.

En 2013, con la puesta en marcha de la CNCH, el gobierno pretendía enfrentar la crisis alimentaria, con la ejecución de 500 comedores en todo el estado de Guerrero, con el argumento de que “sale más barato importar que producir”. Incluso, fortaleció el programa PESA, destinando más de 417 millones de pesos para el estado de Guerrero. El presupuesto distribuido en ese momento fue entre tres y cinco millones de pesos para dar cobertura a 1 000 unidades de producción familiar por cada municipio o microrregión priorizada (Cortez, 2020a, p. 61), cifras que fueron en aumento en los siguientes ejercicios fiscales, hasta su desaparición en el periodo 2018-2019, mas no resolvió la problemática agroalimentaria.

En la actualidad, la administración estatal y federal, que encabeza el partido Movimiento de Regeneración Nacional (Morena), impulsa con austeridad el financiamiento rural, sobre el cual se sustenta en gran medida su política hacia el sector agropecuario guerrerense, pero aún no ha generado cambios sustanciales en políticas para el campo. La estrategia obradorista tiene una orientación “social” y la conforman básicamente cinco programas estratégicos: (1) Producción para el Bienestar, (2) Precios de Garantía

a Productos Alimentarios Básicos, (3) Crédito Ganadero a la Palabra, (4) Fertilizantes, y (5) Sembrando Vida; los cuales tratarán de contribuir para alcanzar la autosuficiencia alimentaria en próximos años. Son programas que tienen como objetivo incrementar la producción de pequeños y medianos productores, garantizando el acopio y compra de productos básicos, a través de precios de garantía en apoyos monetarios directos sin intermediarios. Todavía es prematuro emitir evaluaciones por programa, lo evidente es que muestran fallas operativas, técnicas y administrativas en el terreno de los hechos. Situación que, hasta hoy, carece de un plan nacional para alcanzar la autosuficiencia alimentaria, y por consiguiente no refleja la aplicación de un presupuesto acorde a cada estrategia, generando una disparidad enorme en cada programa o componente, como ocurre con la Estrategia de Acompañamiento Técnico (EAT) y Sembrando Vida (SV), que más que unificarse y direccionar recursos humanos y económicos, caminan por separado en materia de transición agroecológica. El primero está más preocupado en sustituir insumos químicos por orgánicos, y el segundo por cumplir metas sobrevaloradas de reforestación. Éstos carecen de una formación continua, más cercano a las familias, más humano y con valores de co-participación, co-labor y co-investigación, que fortalezca el tejido comunitario. Añadido está la creación de Seguridad Alimentaria Mexicana (SEGALMEX), que mantiene el desprecio hacia los maíces nativos, dando preferencias al acopio de maíces híbridos/mejorados, algo que es una limitante para la distribución y comercialización local, escenario que favorece el incremento de importaciones cada año. El Programa de Fertilizantes complementado con semillas híbridas –con algunas variaciones, sigue siendo una política clientelar– que para miles de campesinos se ha vuelto un derecho o costumbre y, por lo tanto, su padrón ha ido en aumento acelerado de 150 000 en 1994 a más de 310 000 campesinos para el 2022. Hasta ahora este fenómeno ha movilizado a miles de campesinos para tratar de presionar y agilizar las políticas que hasta el momento sólo son chispazos de buena voluntad discursiva; esto se observa en todo el estado de Guerrero y también en diferentes entidades del país, evidenciando la asignatura pendiente de la administración actual en materia de autosuficiencia alimentaria.

Agroecología y su aporte a la agricultura tradicional campesina

Ante este escenario adverso, lo que busca la Red de organizaciones a través de la agroecología, es que durante el proceso se interrelacionan la ciencia, el movimiento y la práctica (Wezel *et al.*, 2009), desde la aplicación de la ciencia ecológica al estudio, diseño y manejo de agroecosistemas sustentables (Altieri, 2002), esto puede contribuir a fortalecer la agricultura campesina, y con ello a mejorar no solo la nutrición de las personas, mediante la producción de alimentos nutritivos y preservar el medio ambiente, sino que además, envuelve elementos económicos y culturales que benefician la reconstrucción social. En sí, la agricultura que practican las familias tiene sus bases en la diversidad, la sinergia, el reciclaje y la integración (Gliessman, 1998), así como en aquellos procesos sociales con propuestas de desarrollo participativo, presentando alternativas a la actual crisis de la modernidad (Toledo, 1990).

A escala local, las heterogéneas agriculturas campesinas son importantes en la producción de alimentos de buena calidad, la conservación de la biodiversidad genética, el abastecimiento de alimentos en zonas rurales-urbanas, y la consolidación de mercados locales y redes horizontales de cooperación. Este conglomerado es una forma de resistencia campesina frente al modelo agroindustrial. Y una de las causas que más ha reincidido para que la agricultura campesina haya perdurado a través del tiempo, es la disponibilidad de fuerza de trabajo y medios de producción, ésta constituye un sistema económico, con un funcionamiento y racionalidad propia, que opera con una lógica diferente, cuyo propósito no es la búsqueda de ganancia sino el mantenimiento de un equilibrio entre producción y consumo para la subsistencia de la unidad de producción familiar como lo detallan diferentes corrientes que tratan la economía campesina (Chayanov, 1987; Yoder, 1994; Van der Ploeg, 2010). En este sentido, las familias que integran la Red, constituyen la unidad productiva fundamental de la economía campesina, por la diversidad de actividades que desarrollan en la parcela, traspatio, hogar y núcleo familiar; además de tener al alcance otros empleos dentro y fuera de la comunidad que mejoran su economía de subsistencia. Todas estas actividades que realizan dan cuerpo a su economía campesina, pues no sólo generan sustento en

alimentos, sino generan ingresos para satisfacer otras necesidades comunes de la familia. Persiste esta lógica campesina, porque es común que las familias utilicen tecnología agrícola tradicional para la producción de alimentos, mediante sistemas autóctonos, intercambien productos con otros campesinos, dejen reservas para autoconsumo y vendan parte de su cosecha, para la adquisición de otros productos que ellos no producen.

Figura 2. Alejandro Hernández muestra la cosecha obtenida de su agroecosistema



Fuente: Fotografía del autor, tomada en Las Lomitas, Coyuca de Benítez, diciembre de 2022.

La agricultura tradicional campesina ha sido la plataforma integral para el desarrollo, multiplicación y expansión de la agroecología, reconociendo la información y experiencia empírica basada en la observación y aprovechamiento del medio rural con un fuerte arraigo biocultural de los saberes locales. La agroecología como campo científico es de muy reciente aparición, es a partir de 1970 que toma mayor relevancia en nuestro país, en respuesta de la aplicación de la llamada agricultura industrial promovida por la Fundación Rockefeller desde 1945. Este paradigma estuvo fuertemente inspirado por el estudio de las experiencias de las comunidades campesinas e indígenas, con arraigo a una larga tradición agrícola Mesoamericana. Aquí el personaje clave fue Efraím Hernández-Xolocotzi (1913-1991) considerado el

padre de la agroecología en el país, y su libro *Agroecosistemas de México* es una obra fundacional (Toledo, 2021), donde destaca que la actividad agrícola no es estática y se determina por el desarrollo de otros sectores como el social y económico, existiendo diferentes procesos de producción. Por esto no puede aceptarse que exista sólo una acepción del concepto de productividad agrícola, ni tampoco de la eficiencia en la producción, por qué éstas, están influenciadas por los factores socioeconómicos y políticos, y cambian aun en marcos políticos estables (Hernández, 1977). También, sostiene que la agricultura tradicional se deriva de la forma en que se difunden los saberes locales, esta inicia con base en una gradual acumulación de conocimiento ecológico y biológico sobre los recursos naturales utilizados, y se desarrolló mediante sistemas autóctonos de generación y transmisión de dichos conocimientos, de adaptación y adopción de innovaciones tecnológicas para obtener diferentes satisfactores (Hernández, 1980).

Es de conocimiento general y aceptado, que la agricultura tradicional, la pesquería artesanal y la ganadería en pequeña escala –propia de cada región– son los sistemas que producen la base de la alimentación de la población del medio rural y urbano, ésta produce el 70% de los alimentos del mundo en el 25% de la tierra, mientras que el agronegocio, para producir el 25% de la comida, recurre al 75% de la tierra (Aranda, 2018), lo que ratifica que las agriculturas tradicionales siguen teniendo un peso importante en la producción de alimentos, y un claro ejemplo acontece en el estado de Guerrero –considerado de bajos ingresos y desfavorable para la producción de alimentos– ahí domina la agricultura campesina, ya que el 80% de la producción se logra bajo el sistema milpa, en condiciones de producción diversificada, donde el maíz, como cultivo principal, cohabita con: frijol, calabaza, pepino, melón, sandía, chile, tomate, entre otros. También, la siembra y los trabajos culturales se realizan con mano de obra familiar, y la cosecha, en 60%, es para autoconsumo, 30% para venta local y 10% para consumo animal (Cortez, 2021b, p. 144). La tradición familiar es heredar de generación en generación el cultivo del maíz nativo y los agroecosistemas milenarios que practican; por lo que, más del 80% de familias han circulado las semillas de maíz de sus abuelos a sus padres y de los padres a sus hijos (León *et al.*, 2019).

Entonces, en esta lógica diferente (un modo de vida definido), la multiplicidad de actividades agrícolas da sustento para aplicar la agroecología,

que desde sus orígenes es de naturaleza campesina, ya que parte de una relación armoniosa con el medio ambiente, y su objetivo primordial es la producción de alimentos para mantener a la familia (Sámano, 2013, p. 3). Esta ciencia humana nace de los propios campesinos, pues está profundamente arraigada en la racionalidad ecológica y económica de la agricultura campesina. Aunque la agroecología es mucho más que una opción técnica para complementar prácticas agrícolas, al ponerle el adjetivo de “comunitaria” supera el manejo de la parcela y se convierte en un paradigma político y filosófico capaz de revitalizar la organización de los campesinos sobre sus territorios (D’Alessandro, 2015, p. 3), tal como lo plantea el Grupo de Estudios Ambientales, A.C. (GEA), su concepción de agroecología pone en el centro a las familias y las comunidades, para impulsar la apropiación de los procesos de una agricultura campesina sustentable y de manejo del territorio (Marielle y Díaz, 2011). Lo que busca es fortalecer la agricultura indígena y campesina, la defensa de los maíces nativos o criollos, de la milpa y de los espacios que proveen alimentos dentro de los territorios, la autonomía alimentaria de las comunidades, así como favorecer que los actores e instituciones comunitarias involucrados continúen fortaleciendo sus capacidades (técnicas, metodológicas y organizativas) (Marielle y Díaz, 2011).

Con base en lo anterior, la agroecología que discurren y practican las familias de la Costa Grande, es una agricultura que refleja la integralidad de la vida campesina, toma como preocupación central al ser humano (familias y comunidades involucradas en el cuidado de las semillas, agroecosistemas tradicionales y la biodiversidad); que preservan, valoran y fomentan la multifuncionalidad de los modos de producción. Esto implica, no sólo el mejoramiento de las condiciones agroalimentarias, sino el reconocimiento al control local de los territorios, bienes naturales, sistemas de producción y gestión del espacio rural, semillas, conocimientos y formas organizativas. De tal manera que estos principios y elementos, han llevado a la reorganización campesina, promoviendo propuestas agroalimentarias que, mediante prácticas y estrategias, las familias y comunidades retoman el control sobre la producción de alimentos, ejerciendo la soberanía y autonomía alimentaria, en donde la defensa de las semillas nativas, las persistencia de los agroecosistemas tradicionales, la preservación de la agrobiodiversidad, y de la vida misma, son aspectos importantes que diversifican esta iniciativa de agroecología.

Germinación de un movimiento agroecológico regional

El movimiento agroecológico en la Costa Grande, retoma mayor fuerza en el 2008, con la implementación de proyectos de hogar saludable en las viviendas y traspatios, rescate de semillas autóctonas, sistemas como la milpa y el huerto, entre veían cierta autonomía alimentaria desde ese entonces. Estas acciones promovidas por PADS y Unicam Sur en su acompañamiento técnico en el territorio, con la intención de fortalecer las capacidades de familias y comunidades para el manejo y aprovechamiento de los recursos locales; inician a principios del año 2000, con la producción y acopio de granos básicos en la zona oriente de Coyuca de Benítez. Las primeras experiencias, sin embargo, no permitieron consolidar una organización con recursos y capital propio, por deficiencias administrativas y falta de apropiación de los primeros socios con la idea del proyecto agroecológico. Fue hasta el año 2004, con un total de 15 socios que nace el primer grupo constituido en la región, representado por las comunidades de Ocotillo, Tasajeras y Agua Zarca. A partir del 2007 como resultado de asambleas regionales y como parte de este proceso, en coordinación con la UP, y con el apoyo técnico de PADS, definieron una estrategia para reactivar la cadena del maíz. Para su integración se plantea la formalización de los grupos a escala comunitaria, y en el 2009, vuelve con más fuerza la propuesta, pero con otra filosofía y práctica, la de impulsar una agricultura con prácticas amigables al medio ambiente. Estos campesinos precursores, sumaron a más comunidades, llegando a un total de 10 en ese momento, comprometidos y decididos por cambiar el sistema de producción convencional.

Guardianes de semillas y promotores de prácticas agroecológicas en la Costa Grande

En 2012, el conjunto de organizaciones, promovía intercambios entre campesinos, los cuales eran los espacios idóneos para expresar libremente sus experiencias y resultados, al exhibir sus propias semillas, sus problemáticas y

oportunidades que tenían. Durante las visitas de campo, colectas, ferias de intercambios y demás actividades permitieron que entre el 2013 y 2022 se rescataran 30 variedades nativas. Los maíces nativos identificados y recuperados que forman parte del germoplasma vivo e itinerante hasta hoy, son los siguientes: *medio pozolero, grande pozolero, morado, negro, sangre de toro, sangre de cristo o colorado, amarillo claro e intenso, chirrión, sapo, olotillo, conejo, verraco, escorpioncillo, chaneque, veracruzano, tehuacán, te-coanapa, apiñuelado o cuatero, pullo, cajeleño, olotón, medio olote, olote rojo, enano o chaparro, laco, coyote, cuarenteño, toro y tigre*. Esta diversidad de maíces nativos reivindica nuestro centro de origen, porque retoma los espacios de intercambio, lucha y preserva una cultura milenaria con apego al territorio, que enfrenta momentos de tensiones no sólo en México sino en otros países del continente por la defensa del maíz nativo ante empresas y negocios de biotecnología que lo desplazan impidiendo a las poblaciones autoabastecerse de alimentos para subsistencia, y poniendo en riesgo símbolos identitarios, de autonomía y de biodiversidad.

La conservación de maíces nativos está conectada con la disposición de su riqueza genética, existencia y evolución de la agrobiodiversidad. Año con año al mantener, intercambiar y experimentar, practican la circulación de semillas a través de las ferias y fondos de semillas locales/familiares, con el objetivo que las semillas circulen de una familia a otra, con otros vecinos de la misma comunidad u otras regiones. De las razas cultivadas, la mitad están catalogadas como razas puras, entre ellas lo catalogadas como razas puras, entre ellas los maíces *anchos, pepitillas, tuxpeños, cónicos, vandeños, olotillos, tepecintles, conejos y mushitos*. Ésta diversidad de razas y variedades de maíces se asocian con otros cultivos como: calabazas de cascara o pellejo, calabaza tempranilla, bules, bandejas, frijol ejotero y de mata, jitomate silvestre, chile mirasol, camote, flores, quelites; además de árboles frutales (mango, nanche, guayaba, papaya, limón, canela, ciruela, guanábana, ilama); forestales (caobilla o zopilote, hormiguero, roble amarillo y rosa, cedro, cacahuananche, huaje), así como maderables para producir leña (cubatas, timbre, huizache) y las prácticas agrícolas tradicionales son igual de diversas en función y condiciones de cada parcela agroecológica.

Desde el 2013, muchos campesinos se interesaron por bajar la altura de sus milpas debido a la fragilidad ante los fuertes vientos. En los intercambios

descubrieron que el maíz *morado* es resistente a factores climáticos; también detectaron que el maíz *chaparro* y el *sapo* pueden mejorarse para competir en productividad y peso con los maíces híbridos, que el *medio olote* se puede mejorar para que produzca más hoja para tamales. Igualmente, el *olotillo* es dulce y suave para desgranar, y el *cuarenteño* es de ciclo corto, ideal para su venta en elotes. Las semillas más usadas para consumo diario son los maíces *blancos*, seguidos de los maíces *morados* o *negros*, y en un caso menor, el *amarillo*. Su rescate y protección campesina fue uno de los primeros pasos en el proceso de mejoramiento genético que se emprendió en los primeros años y hoy la circulación de semillas es una práctica estratégica para asegurar el anclaje territorial de nuestros maíces nativos en la región.

Figura 3. Fondo de semillas familiar de Fernanda Encarnación



Fuente: Fotografía del autor, tomada en La Laja, Atoyac de Álvarez, diciembre de 2018.

En ese mismo año, además de mantener las prácticas de conservación, selección y mejoramiento de las semillas nativas, se plantea la incorporación de prácticas agroecológicas para lograr un sistema sustentable, y con ello mejorar la producción de maíz y de los demás cultivos asociados. Aquí es donde los saberes locales resultan fundamentales para mantener y acrecentar

la variedad genética, los policultivos (agrícolas, forestales, agroforestales), la diversidad de prácticas productivas y la heterogeneidad paisajística, todo lo cual contribuye a mantener una sustentabilidad (Toledo, 2005). Las familias han promovido prácticas agroecológicas desde las más básicas como es el uso de semillas nativas, la no quema de parcelas y la incorporación de residuos de cosecha, hasta algunas que son más laboriosas como las compostas o abonos orgánicos, obras de conservación de suelo y agua, uso de biofertilizantes, manejo de plagas y enfermedades, utilizando al máximo los recursos locales. Las prácticas más habituales (ver cuadro 1) durante este periodo de auge (Cortez, 2020a, p. 142) son las siguientes:

Cuadro 1. *Implementación de prácticas agroecológicas*

<i>Periodo 2009-2013</i>	<i>Periodo 2014-2020</i>
• Rescate y conservación de maíces nativos	• Selección masal visual de semillas nativas
• No quema de vegetación natural e incorporación de desechos de cosecha	• Microorganismos de Montaña o de Monte (MM)
• Curvas a nivel con el uso del aparato "A"	• Diversificación de cultivos (policultivos)
• Zanjas bordo para el aprovechamiento del agua	• Abono orgánico tipo Bocashi
• Conservación de suelo y agua	• Biofertilizantes
• Asociación de cultivos	• Caldos minerales (ceniza, cal y azufre)
• Siembra con fase lunar	• Extractos biológicos de plantas
• Abonos verdes	• Control biológico (Trichogramma)
• Uso de estiércol animal para hacer compostas	• Control mecánico de arvenses
• Control manual de arvenses	• Almacenamiento de maíz en silos metálicos
• Lombricomposta	• Desgrane mecánico de granos básicos
• Lixiviados y humus de lombriz	• Valor agregado al maíz y sus derivados

Fuente: Elaboración propia basada en la observación participante y entrevistas a los integrantes de la Red.

Con la reducción de insumos externos por productos locales y la recuperación de prácticas tradicionales de la agricultura campesina, fueron algunas de las tareas principales en ese lapso de tiempo. A pesar de estos avances, las discrepancias en el interior del proceso agroecológico, son recurrentes, teniendo en cuenta que requiere mucha mano de obra durante los primeros años para lograr incrementar o estabilizar la producción, además de la recuperación de la fertilidad de los suelos. Esta condición ha provocado división entre los grupos comunitarios, pues la gran mayoría opta por el viejo modelo convencional a base de agrotóxicos, en donde el

ahorro de tiempo y mano de obra hace “eficiente” dicho sistema. Este dilema repercute en el proceso, por el abandono y retorno de socios a la organización, por la búsqueda de resultados inmediatos, con el fin de obtener ganancias económicas, algo que la propuesta agroecológica no la propicia a corto plazo, sino a mediano y largo plazo, esto dependerá del historial y diagnóstico de la parcela, incluyendo el nivel de erosión en que se encuentren los suelos. Esta tensión aún tiene secuelas vigentes, pues la intención de algunos socios de la Red, sólo es acaparar beneficios propios, situación que ha mermado la participación, pues la lucha por los apoyos genera dependencia y aumenta las divisiones entre nichos comunitarios (Cortez, 2021b, p. 157).

Aun cuando la consolidación de la Red de organizaciones se fortalecería hasta el 2014, su origen también está interconectado con la Campaña Nacional Sin Maíz No Hay País, que nace en 2007, donde diferentes organizaciones sociales y campesinas de todo el país le dieron vida a la lucha por la defensa de maíz nativo en México. Sin duda, este proceso local se ha visto favorecido por la vinculación en otros espacios y redes de intercambio, en torno a la defensa de nuestras semillas, la incorporación de la agroecología y la soberanía alimentaria; lo que ha generado conciencia y movilización hacia las acciones polifuncionales que realiza la Red, como parte de su estrategia de desarrollo comunitario, que cuestiona al régimen alimentario global (McMichael, 2013), basado en principios y elementos agroecológicos intrínsecamente relacionados a la soberanía alimentaria.

Actualmente, para las 30 comunidades que integran el movimiento en la región, la conservación de las semillas nativas, la recuperación de los sistemas tradicionales agroalimentarios y la transición hacia modelos más sustentables con prácticas agroecológicas, son la base de la agroecología que practican. Paradójicamente, el desentendimiento por parte de las autoridades frente a las necesidades reales de este sector de la población, más la falta de una política nacional para campesinos milperos, propicia el surgimiento de proyectos y prácticas autogestivas, con identidad propia y colectiva, que dan cuerpo al trabajo participativo y organizativo a nivel regional, entre los que destacan: producción agroecológica de alimentos, vinculación con mercados locales, creación de tianguis campesinos agroecológicos, circuitos cortos de comercialización, venta de maíz nativo en

transición agroecológica, agregación de valor de productos agropecuarios, huertos familiares, milpa agroecológica, granjas integrales sustentables, ecotecnias saludables (Cortez, 2021a, p. 27), que han proporcionado parte de la subsistencia familiar, desde una lógica natural basada en la producción no capitalista (Chayanov, 1987). Para las familias campesinas, el autoabasto es la prioridad de la producción local de maíz, por ejemplo, la familia Hernández Santos de Las Lomitas de Coyuca de Benítez, está formada por ocho integrantes, los cuales almacenan para autoconsumo dos bidones de plástico o silos metálicos de 1,100 kilos y 700 a 800 kilos para el consumo animal. Con el propósito de garantizar su autoabasto, la familia obtiene un rendimiento por hectárea de 2.8 a 3 toneladas, pero si cultivan 2 o 3 hectáreas como en cada ciclo lo hacen, generan suficientes y diversos excedentes (Cortez, 2022, p. 89).

La experiencia de los actores sociales al participar en este proceso organizativo debe comprenderse a través de su involucramiento colectivo. Por un lado, Regmaíz ha promovido el rescate de la milpa, semillas nativas y la transición agroecológica de los sistemas productivos; la Redemu ha impulsado sus actividades en traspatios, valor agregado y transformación de alimentos; la Unicam Sur y PADS en su acompañamiento técnico-pedagógico a través de herramientas y métodos horizontales, durante los procesos de gestión comunitaria; el Tiagro promueve el comercio justo por medio de los circuitos de venta y economía solidaria; Agro Viva elabora artesanalmente bioinsumos para devolver la vida a los suelos y brindar alternativas sustentables; y la UP, con su visión integral de los sectores sociales y campesinos, que data de más de 22 años en la región, amalgaman este proceso autogestivo, retomando más fuerza colectiva como parte de una alianza estratégica regional masificadora de la agroecología (Cortez, 2022, p. 82).

De Campesino a Campesino: más allá de una metodología participativa con principios agroecológicos

Muchas personas incorrectamente pensaban que los sistemas campesinos tradicionales no producen más porque las herramientas manuales limitan la productividad. Hay una lógica de ahorro muy significativa, aporta a la

alimentación y a la generación de excedentes. Durante los primeros intercambios de experiencias, donde continuamente se dialoga con otros, espacio donde nos creamos y nos recreamos, pues la naturaleza del ser humano es, de por sí, dialógica, y la comunicación tiene un rol principal en nuestra vida (Freire, 1970). En estos espacios los campesinos conversan frente a frente: “Nuestros sistemas tradicionales de producción aportan a la alimentación y a la generación de ingreso, pues éstos contribuyen a recrear la biodiversidad a partir de los conocimientos y la experimentación cotidiana de cada familia” narra, Maribel Palma de la comunidad de La Lima.

Esta experiencia comunitaria recupera una línea de trabajo metodológico desarrollada por las organizaciones desde sus inicios, e inspirado en la “pedagogía campesina” de Holt-Giménez (2006) en el que los protagonistas son los campesinos y no el técnico convencional, quien dice tener la verdad absoluta y que únicamente la “extiende”. La plantean como un método con posibilidades de reproducción en otras regiones, que ha dado la pauta al surgimiento de nuevas epistemologías locales, lo que significa empezar en pequeño, avanzar despacio, experimentar con una técnica nueva a la vez, y compartir el conocimiento sólo después que se tenga algo concreto que demostrar. Estos procesos agroecológicos están basados en un conjunto de conocimientos y técnicas que se desarrollan a partir de los agricultores y sus procesos de experimentación, enfatizando la capacidad de las comunidades locales para experimentar, evaluar y ampliar su aptitud de innovación mediante la investigación de agricultor a agricultor y utilizando herramientas de extensionismo horizontal (Altieri y Toledo, 2011, p. 6). Por lo tanto, la agroecología contempla también el reconocimiento y la valoración de las experiencias campesinas, y el “diálogo de saberes” se vuelve un objetivo determinante de la investigación agroecológica (Toledo, 2005). Toda esta gama de actividades y conocimientos empíricos acuñados con el objetivo de obtener mejores resultados mediante el aprovechamiento eficiente de los agroecosistemas, también se inscribe la “ciencia del huarache”, vista como la ciencia campesina que respeta y revalora el camino de la agricultura tradicional, mediante el diálogo de saberes, memorias, sabidurías, experiencias: es la que empieza por las bases, que va al terreno de los hechos, que va con la gente que está realizando las acciones; aquella que, con toda la humildad del caso, aprende o tratara de aprender de esa gente; aquella que está

consciente de muchas veces nuestra aculturación nos frena, nos inhibe e impide que aprendamos muchas cosas que están en realidad a nuestro alcance (Hernández, 1979).

Bajo esta visión las familias organizan sus actividades educativas de acuerdo con el ciclo agrícola y a las estrategias para ganarse la vida, así como utilizando capacidades personales, grupales, familiares o comunitarias. Esta herramienta participativa sirvió de mucho para la promoción de la agroecología, porque se implementa como una necesidad cultural de los involucrados; que no abarca únicamente los planos tecnológico y metodológico, sino que busca pasar a otras etapas de desarrollo con el fin de difundir la agroecología, considerando su dimensión social, económica y política; potenciando los lazos de solidaridad y reciprocidad, rescatando los conocimientos y la cultura local, mediante el diálogo de saberes y haceres.

La integración en las actividades tiene que ver con la diversidad de éstas y las variadas opciones que ha desarrollado la Red de organizaciones con otros actores, pero también con la convivencia armoniosa e incluyente entre hombres, mujeres, jóvenes, niños y personas mayores que aprenden unos de otros, mudando saberes de años atrás. Las diferentes jornadas de trabajo agroecológico, llenas de intercambio de experiencias, ferias, foros, asambleas, encuentros, pláticas, visitas, sociodramas y un sinnúmero de actividades que integra la caja de herramienta utilizada en esta metodología, marcó la pauta para generar un conocimiento social y múltiple de relaciones entre iguales; que presentan mismas necesidades, mismas soluciones y mismos sueños. En este aspecto, Carlos de la Cruz de la comunidad de El Bordonal, Coyuca de Benítez, explica:

En estos eventos, transmitimos un cambio de conciencia; pero lo interesante de esta herramienta, es practicar y enseñar con el ejemplo a los que también vienen atrás de nosotros, que son nuestros hijos, sobrinos, y así, demostrar que hay otras alternativas de hacer agricultura en comunidad.

De manera que la base de éxito es descubrirse, conocerse y socializar el acervo de conocimientos que existe en cada familia campesina, que está arraiga en su identidad y cultura del trabajo, pues el desarrollo de los recursos

humanos es la piedra angular de cualquier estrategia dirigida a aumentar las opciones de la población rural y, especialmente, de los campesinos de escasos recursos (Holt-Giménez, 2006).

Esta propuesta pedagógica/agroecológica está demostrando ser la forma más eficiente, barata y estable en la producción de alimentos por unidad de tierra, insumos y mano de obra (Altieri y Toledo, 2011, p. 20) la cual busca recuperar el conocimiento tradicional utilizando algunos elementos científicos. Este nuevo conocimiento se nutre de fuentes ilimitadas: el saber popular o conocimiento local, y el conocimiento que portan actores no locales. Los conocimientos diferentes que se intersectan e interactúan entre sí, entendidas como construcciones sociales de la realidad diferente, pero no por ello irreconciliables. Las historias que encontramos en la región son realmente muchas, que emanan del mismo proceso, todas íntimamente personales y sociales, todas tejidas en la profunda producción cultural de la ruralidad guerrerense y mexicana. Los campesinos están creando las condiciones para desarrollar formas de agricultura adaptadas a sus agroecosistemas específicos y a sus capacidades socioeconómicas y socioculturales (Cortez, 2021b, p. 154), en donde los principios agroecológicos son el pretexto para detonar los procesos de autotransformación, no solo para conseguir sistemas saludables, equitativos, sustentables y productivos (Altieri y Nicholls, 2000), sino que éstos deben ir más allá y transitar hacia un proceso correlacionado.

Elementos clave para reconstruir soberanía alimentaria local

Es un enfoque que privilegia mucho lo local, al estar encaminado al abasto de los mercados locales que acortan los circuitos de producción y consumo de alimentos, evitando con ello el dispendio de energía que implicaría el traslado de éstos desde lugares distantes (Altieri y Toledo, 2011). En otras palabras, las comunidades tienen el derecho a decidir “localmente” lo que quieren producir, cómo producir, qué consumir y cómo vender o intercambiar su producción (Cortez, 2021b, p. 163). Las innovaciones agroecológicas en cada parcela campesina, implica un proceso de adopción y adaptación

por parte de las familias, revelador de la diversidad social y del trabajo integrador que dan vida a sus estrategias a partir de la territorialización de la soberanía alimentaria desde el ámbito local.

Hoy, la soberanía alimentaria se ve acechada por políticas que van a contracorriente de sus principios. Por ello, la reconstrucción de la soberanía territorial, debe retomarse de las fuentes ancestrales de cada cultura, no de conceptos ni definiciones, sino desde la misma práctica campesina y la historicidad de las comunidades –señalan integrantes de la Red–. Mismas que consideran los pronunciamientos de La Vía Campesina y Nyéléni, como la base para construir su propia soberanía a partir de los discursos y prácticas que la Red de organizaciones promueve desde la perspectiva local-regional: “Derecho de decidir autónomamente sobre la producción, distribución y consumo de alimentos, partiendo de su diversidad cultural y productiva” (LVC, 1996, p. 2). “Da prioridad a las economías y mercados locales y nacionales, y otorga el poder a los campesinos y a la agricultura familiar, coloca la producción alimentaria, la distribución y el consumo sobre la base de la sostenibilidad medioambiental, social y económica” (Nyéléni, 2007, p. 5). En suma, la agroecología es esencial para la humanidad, construye autonomía y brinda una vida mejor para los pequeños productores de alimentos, produce alimentos saludables, provee una fuerte base para la soberanía alimentaria y permite a la población rural vivir en armonía y cuidar a nuestra Madre Tierra (LVC, 2015, p. 2). En relación con eso, se pueden identificar algunos elementos importantes en el cuadro 2, que definen la soberanía alimentaria como un proceso diferenciado (Cortez, 2020b, p. 23) en el territorio de estudio.

Cuadro 2. *Peculiaridades de la soberanía alimentaria territorial*

- | |
|---|
| • Producir localmente alimentos |
| • Partir de la economía campesina |
| • Decidir soberanamente qué comer, qué comprar, cómo producir y cómo vender |
| • Respetar los saberes tradicionales (cultura e identidad) |
| • Producir diversificadamente (vegetal y animal) |
| • Usar prácticas agroecológicas con insumos locales |
| • Establecer circuitos cortos de comercialización |
| • Vender directamente, sin intermediarios |

-
- Priorizar los mercados locales y el intercambio o trueque de alimentos
 - Recuperar y fortalecer los conocimientos locales mediante el diálogo de saberes
 - Realizar proyectos comunitarios autogestivos
 - Fortalecer los procesos de organización comunitaria
 - Incidir en políticas públicas
-

Fuente: Elaboración propia de acuerdo con las acciones/estrategias que realizan en la Red.

Estos elementos fortalecen los sistemas agroalimentarios campesinos a partir de la producción, hasta el consumo de alimentos sanos, con una compra y venta más incluyente, donde la participación plena y equitativa de la familia en la agricultura es una necesidad social clave de la agroecología y soberanía alimentaria (Altieri y Nicholls, 2012). Desde estas dinámicas campesinas se busca fomentar la soberanía alimentaria por medio del fortalecimiento del conocimiento natural y relacional, con una orientación de vida integral que articule el equilibrio comunitario de los recursos naturales y humanos, traducidos en esfuerzos multidimensionales que germinen otros mundos de vida, definidos por los propios actores que edifican nuevos conocimientos (Schutz y Luckmann, 1973). Desde las comunidades locales que integran la Red, apuestan por la defensa de la soberanía alimentaria donde se priorice lo local-regional; en palabras de Reyna López de la comunidad de La Lima, dice:

Nosotras utilizamos todo lo que está a nuestro alcance para producir alimentos, recuperamos los traspacios o solares baldíos, necesitamos producir comida limpia. También debemos cuidar nuestras semillas “criollitas”, mejorarlas con técnicas artesanales desde la milpa, para que no lucre con eso el gobierno y las tiendas (empresas), pues sin semillas nativas no hay buenos alimentos.

Este abanico de alternativas es una muestra de la gran multiplicidad de estrategias comunitarias entrelazadas conjuntamente, no sólo ha alcanzado la soberanía alimentaria, sino también soberanía laboral, al generar empleos directos e indirectos, con la implementación de proyectos productivos que van tomando un carácter autogestivo, mediante la participación constante y comprometida de familias, colectivos y comunidades (Cortez, 2020b, p. 24), donde cada proyecto fortalece las capacidades técnicas y organizativas para

avanzar desde los espacios domésticos hacia la autogestión de estrategias que diversifican sus acciones colectivas fuera de la comunidad.

Diversificar y especializar estrategias de organización comunitaria

La diversificación y especialización como una estrategia de vida, no se centra en mejorar la producción de alimentos, ésta incluye el cuidado del medio ambiente y la economía familiar. Diversificar para la Red de organizaciones, significa: diversificar a partir de sus experiencias vividas, éstas se expresan en las mismas prácticas cotidianas, las cuales se vislumbran en diferentes ámbitos de acción, dimensiones y momentos (Cortez, 2021b, p. 160). Estos diferentes escenarios se dejan entrever en las dinámicas que realizan las familias campesinas, en particular Aurelia Santos de las Lomitas, relata:

Desde la casa, iniciamos con estas prácticas campesinas que diversifican nuestra cotidianidad, la integración familiar es fundamental, esto consiste en prepararnos para generar nuestros alimentos a través de la organización de actividades, no sólo para tener alimentos sanos, sino para obtener ingresos; por eso es importante diversificar, para mejorar nuestras vidas.

Esto se manifiesta en las recuperaciones y nuevos saberes, habilidades, capacidades y labores que también diversifican la vida cotidiana de las organizaciones, con estrategias específicas: recuperación de sistemas agroalimentarios tradicionales, conservación de semillas nativas, siembra de hortalizas y plantas medicinales en solares, crías de aves de corral y otros animales de traspatio como: chivo, cerdo, conejo. La conservación, transformación de los alimentos, derivados de ganadería mayor (queso, requesón y crema), elaboración artesanal de pan, chilate (*chiliatl*), artesanías y venta de hoja de maíz (*totomoxtle*) en rollos para tamales, producción de abonos orgánicos derivados de la lombriz roja californiana (*Eisenia foetida*). Al mismo tiempo, almacenan granos en trojes o silos metálicos para su venta organizada por litros o toneladas a nivel regional, garantizando primero el

autoconsumo y después la venta de excedentes en los mercados locales, conocidos como “Tianguis Campesinos Agroecológicos”, creados por ellos mismos en las cabeceras municipales desde el 2009, donde la venta la hacen cada fin de semana en Atoyac de Álvarez y cada quince días en Coyuca de Benítez. Estos circuitos de proximidad o cadenas cortas acercan a los campesinos al consumidor, fomentan el trato humano y, al no ser envasados, ni transportados por largas distancias, los productos generan un impacto medioambiental más bajo (CEPAL, 2014, citado por Cortez, 2020b).

Figura 4. Aurelia Santos, integrante de los Tianguis Campesinos Agroecológicos



Fuente: Fotografía del autor, Coyuca de Benítez, marzo de 2022.

Estos circuitos cortos, persiguen la sensibilización y revaloración de los productos locales por los pobladores urbanos, fomenta el reconocimiento de espacios alternativos para el abastecimiento de alimentos y demuestran la indiscutible interconexión entre agricultura familiar campesina, consumo responsable y soberanía local. En tal sentido, las acciones individuales y colectivas en la cual gestionan, negocian y toman decisiones, muestran sentidos emancipatorios como una práctica emancipadora de vivir (Zibeche, 2008, p. 62), que solo es posible si emerge de y en la vida cotidiana de los

actores para comprender la conformación y el significado de la acción colectiva (Melucci, 1999, p. 12).

Estas dinámicas son valiosas pues diversifican de manera integral las actividades productivas, pasan a ser estrategias de resguardo o defensa familiar a una estrategia colmada de las alternativas al desarrollo que apuntan a romper el cerco de su racionalidad actual, para moverse hacia estrategias radicalmente distintas, no sólo en su instrumentación, sino que también en sus bases ideológicas (Gudynas, 2011, p. 392). Por lo que, diversificar y especializar estrategias, permite la producción de variados alimentos, pero también proporciona otras acciones conjuntas que requieren organización de la familia y de grupos comunitarios desde la producción hasta la comercialización de excedentes. Esta diversificación está inspirada en la *milpa agroecológica* y el *huerto integral sustentable*, que favorecen la autonomía y soberanía alimentaria de las familias campesinas.

La milpa agroecológica y el huerto integral sustentable: paradigmas locales

La alimentación humana en la región tiene muchos valores nutricionales y con una relevancia significativa del maíz, y todo lo que se deriva de los sistemas agroalimentarios campesinos. La milpa y el huerto son los sistemas más antiguos de Mesoamérica (González-Jácome, 2016), éstos han jugado un papel trascendente en la conservación de la agrobiodiversidad, como hábitat de diversas especies y garante de un patrimonio biocultural, donde coexisten saberes, sabores, símbolos, identidad, espiritualidad y cultura. Sin embargo, sistemas tradicionales como la milpa pasó al uso exclusivo de maíz y con una lógica productivista, es decir, incrementar sólo la producción de maíz híbrido, dejando a la deriva las semillas nativas y otros cultivos que dan vida al sistema milenario, además de que la implementación de estrategias agroalimentarias gubernamentales no responde a las necesidades de alimentación y abatimiento de la pobreza de los grupos a los cuales van dirigidos los programas (Cortez, 2021b, p. 150).

A pesar del desplazamiento de los sistemas tradicionales, entre el 70 y 80% de familias campesinas hacen siembras diversificadas en sus parcelas

y en sus patios con materiales locales, porque obtienen un mayor rendimiento por cada área de policultivo sembrada (Cortez, 2020a, pp. 111-114), dado que a diferencia de los sistemas agroindustriales cuya lógica los orienta hacia la simplificación de la complejidad ecológica, biológica y genética, los sistemas tradicionales se basan en el principio de la diversidad (Toledo, 2005). Dicho de otra manera, la fortaleza de los sistemas milenarios, no está en la alta productividad de un solo cultivo por separado, sino de su manejo integrador, que producen una diversidad de alimentos nutritivos a lo largo del año.

La milpa, para las regiones de Guerrero, es símbolo de arraigo biocultural, y parte indispensable de la dieta familiar, en el que la milpa se vuelve el eje organizador de la producción de maíz, frijol, calabaza, chile, jitomates y quelites, que se complementa con el cultivo de hortalizas, árboles frutales, hierbas medicinales o de olor (cilantro, ajo, epazote, menta, albahaca, hoja santa, orégano) y otros productos (huevo y carne) del traspatio agrícola y pecuario, que diversifican su alimentación y economía. En la milpa encontramos hasta 12 especies de verduras, tres tipos de maíz, cuatro de frijol, ocho especies de frutales y más de cuatro variedades de plátano, así como árboles para producir leña, con la finalidad de reconocer, revalorar y fortalecer la agricultura campesina (Quintanar, 2017). Hay mucha coincidencia entre milperos de Costa Grande, al manifestar que “la milpa es un modo de vida”, como elemento básico de su cotidianidad, percibido no sólo como un sistema de producción agrícola milenario, sino garante de su nutrición, identidad, cultura y organización social. Tal como lo expresa Alejandro Hernández:

La milpa representa diversidad, como sus letras lo dicen: mil plantas, de muchas variedades de comida y de muchas semillas. Nosotros lo vemos como un estilo de vida porque es parte de lo sagrado, que tienen conexión con la Madre Tierra; por eso hacer milpa, significa multiplicar la vida de muchos, de personas y de animales por igual.

De la misma manera, es común utilizar en la cocina tradicional ingredientes de origen animal como la manteca, leche, huevo, crema, queso, carne de gallina, de cerdo y de cabra en su deleite mixtura. En este espacio culinario profundo, en especial las mujeres, desempeñan roles primordiales

para conservar la biodiversidad agrícola, cuidado de las semillas, alimentación y nutrición familiar; poseen recetas heredadas de madres, tías, abuelas, y su aprendizaje se nutre de experiencias de vidas compartidas, que obtienen en los fogones de sus hogares. Estos paradigmas locales avivan el valor de la parcela, el traspatio y la cocina tradicional, como espacios necesarios para la alimentación y la armonía de las familias campesinas, propiciando la recuperación de saberes locales y la integración de nuevos conocimientos –epistemologías locales– que buscan avanzar hacia la revaloración de los espacios domésticos y agroalimentarios, destacando el papel y el aporte de la mujer campesina desde la milpa y el huerto: “Nosotras las campesinas podemos producir, conservar todos nuestros recursos y además podemos comercializar e intercambiar nuestros productos; con esto, claro que podemos lograr la autonomía que deseamos” comenta durante los encuentros, Isidora Lozano de la comunidad de Agua Zarca.

En la región, el 90% de las familias rurales cuenta con una parcela entre una y tres hectáreas para la producción de alimentos básicos; además de algún solar de 50 hasta 150 m², destinado para la cría de animales y siembra de hortalizas (Cortez, 2020a, p. 54). Indudablemente, los sistemas agrícolas como el huerto y la milpa, enriquecieron la base alimenticia del maíz al agregar a las dietas las proteínas de origen animal, frutas, verduras y tubérculos; esto ocurrió porque dichos sistemas agrícolas surgieron en condiciones ambientales biodiversas (González-Jácome, 2016, p. 29). La milpa y el huerto familiar de traspatio constituyen el soporte de la alimentación de las familias campesinas a partir de su enorme agrobiodiversidad, representada por sus más de 70 especies de vegetales (Quintanar, 2017, p. 156). Son productos distintos, aunque no todos sean comestibles, estos pueden variar de una región a otra.

El sistema de “milpa agroecológica”, implementado por las familias desde el 2013 en la Costa Grande, consiste en el uso de variedades locales tolerantes a la sequía y adaptadas a cada zona, con abonos orgánicos y verdes, biofertilizantes, manejo agroecológico de plagas y enfermedades, diversificación, asociación y rotación de cultivos, conservación de suelos, selección de semillas y una serie de técnicas que lo hacen posible (Cortez, 2021, p. 151). De acuerdo con las tecnologías agroecológicas que sostienen el sistema, Reyna López y Héctor Monroy, describen la milpa agroecológica como: Una

agricultura que no atenta contra el medio ambiente, contra la vida misma, que no contamina y que utiliza prácticas sustentables en lugar de agroquímicos.

A su vez, Alejandro Hernández, agrega: “No solo implica garantizar, incrementar o igualar la producción, sino también recuperar prácticas tradicionales y culturales del modo campesino de producir los alimentos básicos”.

En relación con esto, hablar de milpa agroecológica es hacer innovaciones con los propios recursos locales que se tienen, y que sea sustentable para las familias. Entre los logros identificados en los últimos años, destacan los siguientes: mejoraron los rendimientos de 2 a 3.8 toneladas por hectárea; la cosecha de otros productos complementarios; la disminución del uso de herbicidas y fertilizantes químicos; la obtención de semilla criolla mejorada en la propia parcela (López, 2011, p. 46). De cultivos acompañantes como sandía, pepino y melón tienen promedios arriba de 1,200 kilos por hectárea, mientras que el jitomate, el chile o el tomate, se siembran en sub-lotes al lado o entreverado con el maíz, alcanzando una producción de

Figura 5. La milpa agroecológica de la familia Monroy López



Fuente: Fotografía del autor, La Lima, Coyoaca de Benítez, septiembre de 2022.

550 kilos en su conjunto (Cortez, 2022, p. 88). El escalonamiento es una ventaja de la milpa, durante el desarrollo del maíz, se pueden sembrar

cultivos de ciclo corto y largo; porte bajo y alto, como lo hacen diversas familias de la Costa Grande.

En forma conjunta, los “huertos integrales sustentables” son la oportunidad de reinventar y recuperar espacios en el patio o solar, con la posibilidad de producir hortalizas, plantas medicinales o aromáticas, ornamentales, cría de aves doble propósito y animales de ganadería menor, alimentos sanos, frescos y directos del huerto a mesa. Sobre la importancia del huerto, Aurelia Gutiérrez, originaria de El Bordonal, cuenta:

Implementar huertos contribuye con la producción y consumo local de varios cultivos, además con un mayor contenido de nutrientes, mejor sabor y mayor frescura. Si la cantidad de productos cosechados excede los que pueden ser consumidos por la familia, podría resultar en una fuente de ingresos adicionales, como hoy significa para nosotras.

Los huertos son sistemas productivos poco visibles, aunque son los sistemas productivos agrosilvopastoriles más complejos y sofisticados que existen, donde las familias campesinas, coordinadas y dirigidas por las mujeres hacen un excelente uso del conjunto de los factores productivos: la tierra, el agua, la luz y la interacción entre las plantas (Quintanar, 2017, p. 157). Las actividades en los huertos, reafirman y avivan el valor del patio, el solar y la casa como integradoras de otros conocimientos o tecnologías orientadas a la salud, los lazos comunitarios y el cuidado de la Madre Tierra (Marielle y Díaz, 2011). Entonces, aquí es donde se crea el proceso de integralidad, a través de una interrelación entre los componentes como parte de un mismo sistema que lo define: el reciclamiento de los recursos –humanos y naturales– disponibles, es decir, desde la participación y organización social de la familia/comunidad para producir, consumir, vender e intercambiar alimentos saludables, hasta la disposición espacial, eficiencia de los flujos energéticos y de nutrientes. Esto conlleva a la diversificación agrícola intencional de sinergias benéficas que permitan la regeneración de la fertilidad del suelo y el mantenimiento de la productividad y la protección de los cultivos (Altieri, 2002); además de la integración de los cultivos con la ganadería, y la optimización de las interacciones y la productividad del sistema agrícola en su totalidad, en lugar de los rendimientos aislados de

las distintas especies (Gliessman,1998), son las claves para dismantelar “la actual crisis ecológica y social, desencadenada por la revolución industrial, la obsesión mercantil y el pensamiento racionalista” (Toledo, 2005).

Son estrategias agroalimentarias locales robustecidas mediante las prácticas agroecológicas, por un lado, generan alimentos saludables y, por el otro, una autonomía alimentaria que deriva una economía propia. Asimismo, la agroecología en Costa Grande es una iniciativa llena de diversas acciones colectivas y solidarias que germinaron desde las mismas dinámicas campesinas, generadas por los propios grupos organizados, llenas de historicidad, retos y desafíos futuros que son también múltiples y diversos, en torno a la reconstrucción de la soberanía alimentaria territorial.

Reflexiones finales

Actualmente en diferentes rincones del país, tanto campesinos, pueblos originarios, trabajadores del campo, consumidores, mujeres y jóvenes se enfrentan a grandes desafíos en torno a la agricultura tradicional, soberanía alimentaria y la preservación de la agrobiodiversidad. Si bien, las luchas se han fortalecido a diferentes planos, habiendo una diversidad de resistencias y experiencias en la defensa y reconstrucción del territorio en su conjunto. Cada vez más, las comunidades resisten la creciente imposición y sometimiento del capital financiero e industrialización del campo.

Es por ello que para reconstruir soberanía alimentaria en Guerrero y en México, ésta debe iniciar a partir del espacio local. Como lo ejemplifica la Red de organizaciones de la Costa Grande, con su pluriactividad, que se moviliza con una propuesta diferenciada de cómo se pueden transformar los modelos dominantes, y hacerles frente con las formas propias de organización, producción, consumo y venta de alimentos. La soberanía alimentaria local, durante este proceso ha tomado más fuerza como movimiento agroecológico, basado en elementos y principios que detonaron estrategias, las cuales son practicadas por cientos de familias campesinas, pero que aún lejos está de concretarse en cada rincón de las comunidades y municipios participantes. Esto también revela que la soberanía alimentaria local se enfrenta no sólo a políticas desfavorables que son inversas a su esencia y

origen, sino que tiene otras trabas que imposibilita su despegue, como son los mercados altamente concentrados que monopolizan y se someten al interés del capital. Además de un arraigo cultural de dependencia de insumos sintéticos y alimentos foráneos, que manifiesta tensiones para transitar hacia otros modelos de vida. Lo indiscutible es que, para lograr la autosuficiencia alimentaria, no será soberana si depende de grandes cantidades de insumos externos. El desafío es ir más allá de simplemente sustituir con recetas a un grupo de productos químicos por orgánicos, pues la agroecología no es solo una cuestión técnica, sino social, política y comunitaria.

Desde estas perspectivas, la Red de organizaciones promueve agroecología, como una alternativa viable de devolver lo perdido, ya que es urgente y necesario que más familias (rurales y urbanas) cultiven sus propios alimentos y fortalezcan los sistemas agroalimentarios locales, con ayuda de la reorganización de las relaciones familiares y comunitarias en el territorio. Pese a la dimensión local/regional, se expresan apoyos solidarios convincentes de otros organismos no gubernamentales, pero aún no se percibe una clara incidencia en el plano de políticas públicas. Queda un largo camino por andar y es importante que, en conjunto con otros actores sociales, se escalonen propuestas para que trascienda desde el espacio local y apunte a lo global por condiciones más dignas, que contribuyan a mejorar la situación socioecológica, pero también la viabilidad socioeconómica, abriendo oportunidades equitativas y justas, donde los actores sociales sean los constructores de su propio desarrollo, partiendo de sus necesidades reales en común, que podría simplificarse desde una visión de autogestión y una orientación de autonomía, cuya decisión recae sobre la colectividad que impulsa el movimiento agroecológico regional de la Costa Grande de Guerrero.

Bibliografía

- Altieri, M. (2002). Agroecology: the science of natural resource management for poor farmers in marginal environments. *Agriculture, Ecosystems and Environment*, 93, pp.1-24.
- Altieri, M. y Nicholls, C. (2000). Agroecología: teoría y práctica para una agricultura sostenible. Serie: Textos básicos para la formación ambiental. ONU-PNUMA.

- (2012). Agroecología: única esperanza para la soberanía alimentaria y la resiliencia socioecológica. *Agroecología*, 7(2), 65-83. Recuperado de <https://revistas.um.es/agroecologia/article/view/182861>
- Altieri, M. y Toledo, V. M. (2011). La revolución agroecológica en América Latina. Rescatar la naturaleza, asegurar la soberanía alimentaria y empoderar al campesino, *SOCLA*, 2011, pp. 1-34.
- Aranda, D. (2018, Enero 18). Un problema de distribución. Página 12. Grupo ETC. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/89897-un-problema-de-distribucion>
- Bartra, A. (2006). La explotación del trabajo campesino por el capital. En *El capital en su laberinto*. Editorial Itaca, México. pp. 240-280.
- Chayanov, A. (1987). *Chayanov y la teoría de la economía campesina*. Siglo XXI. México.
- Cortez, M. (2020a). La milpa agroecológica, una alternativa campesina para construir soberanía alimentaria en Coyuca de Benítez, Guerrero. Tesis de maestría. Recuperado de <http://dcsh.xoc.uam.mx/pdrep/index.php/libros/item/832-la-milpa-agroecologica-una-alternativa-campesina-para-construir-soberania-alimentaria-en-coyuca-de-benitez-guerrero>
- (2020b). Alternativas para construir soberanía local, agricultura familiar campesina y circuitos cortos de comercialización: una experiencia en Guerrero, México. En *Leisa, Revista de Agroecología*, octubre, volumen 36, número 3. Lima, Perú, pp. 22-25. Recuperado de <https://www.leisa-al.org/web/index.php/volumen-36-numero-3/4293-alternativas-para-construir-soberania-local-agricultura-familiar-campesina-y-circuitos-cortos-de-comercializacion-una-experiencia-en-guerrero-mexico>
- (2021a). Towards Territorial Self-management: An Experience on the Costa Grande of Guerrero. *Mirada Antropológica*, 16(20), pp. 10-31. Recuperado de <http://rd.buap.mx/ojs-dm/index.php/mirant/article/view/633>
- (2021b). La milpa agroecológica, una alternativa campesina para construir soberanía alimentaria en Coyuca de Benítez, Guerrero. En A. Cerda y L. Paz (Eds.), *Serie: Mundos Rurales, Alternativas del desarrollo rural desde la resistencia y la subalternidad: autonomías, mujeres y soberanía alimentaria*, UAM-Xochimilco, pp. 143-171. México, Logos Editores.
- (2022). Estrategias agroecológicas en tiempos de COVID-19: una experiencia agroalimentaria en Coyuca de Benítez, Guerrero. En M.G. Hernández y S. Medellín (Eds.), *Serie: Mundos Rurales, El campo latinoamericano en tiempos de covid-19, crisis, escenarios y alternativas*, UAM-Xochimilco, pp. 75-96. México, Bonilla Artigas Editores.
- D'Alessandro, R. (2015, Septiembre 8). ¿Agroecología demagógica o comunitaria? En *La Biodiversidad*. Recuperado de https://www.biodiversidadla.org/Documentos/Agroecologia_demagogica_o_comunitaria
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del Oprimido*, Madrid: Siglo XXI.
- Gliessman, S. R. (1998). *Agroecología: procesos ecológicos en agricultura sustentable*, Chelsea, MI: Ann Arbor Press.

- González-Jácome, A. (2016). Orígenes, domesticación y dispersión del maíz (*Zea Mays*) en México. En *Maíz nativo en México: una aproximación crítica desde los estudios rurales*. Coordinadores Ignacio López Morenos y Ivonne Vizcarra Bordi. Ciudad de México Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Lerma. pp. 25-64.
- Gudynas, E. (2011). *Más allá del nuevo extractivismo: transiciones sostenibles y alternativas al desarrollo*. La Paz, Bolivia: Oxfam y CIDES UMSA.
- Hernández, E. (1977). Agroecosistemas de México: contribuciones a la enseñanza, investigación y divulgación agrícola. Colegio de Postgraduados. Texcoco, Estado de México. pp. 559.
- (1979). La investigación de huarache. *Narxhi-Nandhá*, No. 8/9/10.
- (1980). Agricultura tradicional y desarrollo. En: Xolocotzia. Tomo I. Obras de Efraím Hernández Xolocotzi. *Revista de Geografía Agrícola*. Universidad Autónoma Chapingo. Chapingo, México. pp. 419-422.
- Holt-Giménez, E. (2006). *Campesino a campesino: voces from Latin America's farmer to farmer movement for sustainable agriculture*. Oakland, Estados Unidos: Food First Books.
- La Vía Campesina (1996). Soberanía alimentaria: un futuro sin hambre, Cumbre Mundial de Alimentación, Roma. Recuperado de <https://viacampesina.org/es/1996-declaracion-de-roma-de-la-via-campesina-que-define-por-primera-vez-la-soberania-alimentaria/>
- (2015). La Vía Campesina y sus aliados organizan el Foro Internacional de Agroecología orientado a la Soberanía Alimentaria, Mali. Recuperado de <https://viacampesina.org/es/la-via-campesina-y-sus-aliados-organizan-el-foro-internacional-de-agroecologia-orientado-a-la-soberania-alimentaria/>
- León, J. M., Corona, N., Madrigal, J. M. y Paz, A. (2019). Maíz, agrobiodiversidad y tradición familiar en Coyuca de Benítez, Guerrero. *Boletín de Centro Geo: Agenda de Desarrollo Rural en la Costa Grande*. Recuperado de <http://adesur.centrogeo.org.mx/ms/guerrero>
- López, J. G. (2011). Hacia la soberanía alimentaria local, con la preservación y conservación de maíces nativos. En A. San Vicente (Ed.) *Hagamos milpa. La protección de las semillas y la agricultura campesina*, Semillas de vida, UNAM.
- Marielle, C. y Díaz, L. (2011). El cuidado de las semillas nativas y la organización comunitaria del territorio, una experiencia campesina hacia la autonomía alimentaria en Guerrero, En A. San Vicente (Ed.) *Hagamos milpa. La protección de las semillas y la agricultura campesina*, Semillas de vida, UNAM.
- Massieu, Y. (2016). Sustentabilidad, soberanía alimentaria y políticas públicas en México: ¿misión imposible? Felipe Torres, Ma. Del Carmen del Valle, Jessica Tolentino y Erika Martínez (coordinadores). *Reflexiones sobre la seguridad alimentaria. Búsqueda y alternativas para el desarrollo de México*. Ed. UNAM-IIEc. México. pp.177-212.
- McMichael, P. (2013). *Food regimes and agrarian questions*. Canadá: Fernwood Publishing.

- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, México.
- Mendoza, D. y Razo, A. (2021, Marzo 17). Más del 50 por ciento del consumo de alimentos en México depende del exterior, en: *UNAM Global*. Recuperado de: <https://unamglobal.unam.mx/mas-del-50-por-ciento-del-consumo-de-alimentos-en-mexico-depende-del-exterior/>
- Meza, M. (2010). *Los campesinos ante la crisis alimentaria*. En *Efectos de la crisis en el agro y en la ciudad*. Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco. México, Producción económica. MC Editores. pp. 9-31. ISBN 9786074774651.
- Nyeléni. (2007). *Declaración de Nyéléni, soberanía alimentaria*, 23-27 de febrero, Selingue, Malí. Informe de síntesis. Recuperado de <https://nyeleni.org/IMG/pdf/DeclNyeleni-es.pdf>
- Quintanar, E. (2017). La agrobiodiversidad de la milpa y el solar. En A. San Vicente (Ed.) *Hagamos milpa. Fortalezamos la agricultura campesina*. UAM, OXFAM, Colección Patrimonio Biocultural de México, Semillas de vida, Red Temática Patrimonio Biocultural de México, Fundación Dondé.
- Rubio, B. (2008). De la crisis hegemónica financiera a la crisis alimentaria. Impacto sobre el campo mexicano. En *Argumentos*. Estudios críticos de la sociedad, nueva época, año 21, núm. 57, Crisis alimentaria: abundancia y hambre, mayo-agosto, UAM-Xochimilco, México, pp. 35-52.
- Sámamo, M. A. (2013). La agroecología como una alternativa de seguridad alimentaria para las comunidades indígenas. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, vol. 4, núm. 8, 2013, pp. 1251-1266. Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias Estado de México, México.
- Schutz, A. y Luckmann, T. (1973). *Las estructuras del mundo de la vida*, Amorrortu Editores, México.
- Suárez, V. (2017). La segunda revalorización del campesinado en México: de pobres y población redundante a sujetos productivos y de derechos. En *Rescate del campo mexicano*. Organización campesina y políticas públicas posneoliberales, ANEC-ITACA, México, pp. 443-462.
- Toledo, V. M. (1990). Modernidad y Ecología: la nueva crisis planetaria. *Ecología Política* (3) pp. 9-22.
- (2005). La memoria tradicional: la importancia agroecológica de los saberes locales. *Leisa Revista de agroecología*, 20(4), pp. 16-19. Recuperado de: <https://www.leisa-al.org/web/index.php/volumen-20-numero-4/2073-la-memoria-tradicional-la-importancia-agroecologica-de-los-saberes-locales>
- (2021, Septiembre 18). El big bang de la agroecología en México, *La Jornada del Campo*, suplemento del periódico de La Jornada. Recuperado de: <https://www.jornada.com.mx/2021/09/18/delcampo/articulos/big-bang-agroecologia.html>
- Van der Ploeg, J. (2010). *Nuevos campesinos. Campesinos e Imperios Alimentarios*. Barcelona: Icaria Editorial, pp.430.

- Wezel, A., Bellon, S., Doré, T., Francis, C., Vallod, D. y David, C. (2009). Agroecology as a science, a movement and a practice. A review. *Agronomy for sustainable development*, 29(4), 503-515. <https://doi.org/10.1051/agro/2009004>.
- Yoder, M. S. (1994). *Critical chorology and peasant production: small farm forestry in Hojancha, Guanacaste, Costa Rica*. Tesis Doctoral. Louisiana State University, Baton Rouge. pp. 340.
- Zibechi, R. (2008). *Autonomías y Emancipaciones: América Latina en movimiento*. Bajo Tierra ediciones, México.